

Malva-Rosa



## Malva-Rosa

Acabábamos de visitar la *Gruta de la Virgen*; y, luego de internarnos por una senda que á la derecha de ella <sup>o</sup>tuerce, seguimos monte abajo, deseosos de contemplar lo más cerca posible, el valle encantador que Llobregat riega con su aguas color de acero.

Extiéndese el valle como inmenso tapiz donde el río hace oficios de festón bordado con hilillos de plata. Reúnense para tejer ese tapiz y colorearlo con ricos matices, grandes extensiones de viña que prolongan hasta las faldas de la sierra el verde claro de sus pámpanos, para mezclarlo con el verde oscuro de los olivos que se escalonan y trepan mon-

te arriba como un ejército conquistador. Bordean las vides y se abren junto á los olivos manchas incultas, sobre las cuales brotan matojos negros y se yerguen pinos silvestres; los quemados maizales semejan golpes de oro, esparcidos sobre aquella alfombra pulimentada por el sol; los pueblecillos del llano calados y refruncidos almohadones que aguardan inmóviles la presencia del hada que ha de reclinarse contra ellos. El humo de las fábricas sube al espacio como tropel de lágrimas vaporizadas por el sufrimiento; lágrimas que se reúnen á las nubes para caer nuevamente en la tierra hechas lluvia fecundadora... ¡Hermoso paisaje al que sirven de marco las estribaciones del Pirineo!

Contemplándolo íbamos cuando, al volver un recodo de la salvaje ruta, ofreciose á nuestras miradas un cuadro, tan imprevisto como encantador.

En la superficie de una meseta, adosada al monte por argamasas de granito, alzábase una, entre casa y choza, construída con piedras, barro y troncos de encina. Una ventana estrecha y una puerta tan estrecha como la ventana, eran los s6los huecos que permitían al aire deslizarse en aquella vivienda de hombres. Junto á la choza había un corral, que transformaba al firmamento en coberti-

zo. Por las paredes de este corral subía una parra, cerniendo los rayos del sol sobre el cernedor de sus hojas, salpicadas con menudísimos agraces.

Bordeaba la meseta una espantosa cortadura que se unía al resto del monte por fuer-tísima trabazón de peñotes escalonados. Media docena de cabras pacían sobre los temerosos riscos. La más ágil de ellas, inclinada hacia el despeñadero, casi suspendida en el aire, nos miraba con sus ojos dulces y nos enseñaba los blanquísimos dientes, como si hiciera burla de nuestra atención y nos desafiase á escalar su inexpugnable fortaleza.

Al pie de los peñascos, según iba dándose vuelta en rededor suyo, descubriáanse un huertecillo sembrado de escarolas y coles, una higuera, un macizo de claveles y un plantel rústico de malva-rosas.

Las últimas estaban en flor. Habíalas de todos colores: encarnadas, amarillas, blancas, té, rosa pálido... Sus vivas entonaciones contrastaban artísticamente con el uniforme tono verde-gris del paisaje; y, por si la belleza de tal contraste no bastara á cautivar nuestra admiración, una moza de catorce abri-les, sujetando con sus manos curtidas los tallos de las malva-rosas, y abriéndolos, para que dejasen espacio libre á su deliciosa figu-

ra, aparecía por entre las flores, como otra flor, como una malva-rosa más.

¡Hechicera imagen la suya!...

Encontrada, como la encontramos nosotros, surgida de pronto, inesperadamente, ante nuestras absortas pupilas, resultaba una criatura incalificable, un ser extraño, mezcla de mujer y de planta. Era la hija de la montaña, engendrada por ésta en su eterna boda con el sol.

Era la hija de la montaña. Y la montaña, madre vanidosa y amante, había derramado sobre su criatura todos sus espléndidos dones.

A su cutis moreno dió los tonos limpios y acerados de la piedra que la recubre; á su espesa cabellera rubia, el oro de las descondaduras heridas por el sol; á sus ojos de un verde obscuro, el color de las encinas y de las carrascas; á sus dientes blancos, los pétalos de las margaritas; á sus labios bermejos las hojas de las amapolas; á su talle la flexibilidad de las lianas; á su voz que entonaba entonces un canto de estrambótico ritmo, el eco dulce de los céfiros montaraces; á su conjunto, á su expresión, algo que resultaba, como la montaña, fuerte y hermoso, atrayente y temible á la vez.

Sí, era la hija de la montaña; la visión poética del Monserrat, la mujer flor, parida por

las salvajes germinaciones de roca; la malva-rosa humana, que reinaba despóticamente sobre sus compañeras y que se apareció un momento á nosotros, para deslumbrarnos con su hermosura, para descubrirnos la puerta de su mágico y encantado palacio, construído con capullos de madre selvas, de violetas, de claveles, de margaritas y de amapolas; la piedra, hecha carne por la potencia vivificadora del sol; la criatura del granito que tuvo el capricho de mostrarse breves segundos á los hombres, para perderse después como una niebla, como un fantasma, como un sueño, entre los espesos matorrales que se erizan sobre el abismo.....

San Jerónimo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO



## San Jerónimo

Es el punto culminante de la montaña; el cimborrio de la monstruosa catedral.

Allí ha establecido Peret, un *payés* robusto y simpático, hijo de los *dueños* de la fonda de Collbató, cómodo y apetitoso merendero, inquisición permanente de conejos y pollos, saludable fonda al aire libre, mirador poético que domina todas las alturas del Monserat.

A San Jerónimo dirigí mis pasos, es decir, los pasos de mi burro, que hacía competencia en mansedumbre y *burría de bien* al asno sobre cuyos lomos cabalgaba Odón de Buen, mi amigo de la infancia, el sabio catedrático de la barcelonesa Universidad.

El viento fresco y apacible de la mañana nos metía por el olfato el salvaje perfume de los campestres esencieros, que á uno y á otro lado del camino se ostentan, matizándolo con manojo de flores azules, amarillas, blancas, moradas, rojas, grises; menudas, casi imperceptibles unas, grandes las otras, humildes y sencillas éstas, aquéllas orgullosas y dobles; todas bellas, todas plétóricas de perfume y color. Odón iba clasificándolas, yo respirándolas, los burros comiéndolas y los guías contemplándolas con el indiferente aburrimiento con que deben contemplar los sultanes á las esclavas ya poseídas del harén.

El viaje á San Jerónimo es largo, duro, en ocasiones peligroso. Las cabalgaduras tantean cuidadosamente el terreno antes de pisar firme; los guías las llevan sujetas por el rabo, convirtiéndolo en freno de alarma y en timón. Hay veces en que se camina por estrechos fillos de granito, á uno de cuyos lados se alzan puntiagudas y martirizadoras salientes, mientras al otro se desploma un abismo, cuya incalculable profundidad pone espanto en los ojos y escalofríos en la médula.

Luego ensancha la vía, se hace más fácil el camino y continúa el desfile de florestas, de peñascos, de picos y derrumbaderos. Estos descubren en su fondo lechos, mejor, po-

tros de piedra, donde los troncos de los árboles se retuercen como condenados en tortura; aquéllos adquieren formas extrañas, contornos fantásticos de hombres, de bestias, de seres antes vivos, ahora petrificados por desconocida catástrofe. Tan pronto remedan un grupo de frailes, puestos en oración, como un titán, levantando con sus brazos rocas formidables para combatir á los dioses, ó una gigantesca mujer que duerme tirada contra la montaña, dando al sol sus pechos robustos y su garganta poderosa; ya semejan un figre, recogiendo sus músculos para intentar el salto asesino; ya un elefante, que eleva hacia arriba su formidable trompa, queriendo sorberse el espacio; ya un potro, que, con la grupa vuelta á Monistrol, se dispone á emprender fantástico y terrible galope por aquel hipódromo de rocas. Los peñascos parecen prontos á desplomarse sobre los viajeros; las cortaduras simulan bocas insaciables, dispuestas á engullirse toda una humanidad; las florestas, rincones, que el alma trágica de la montaña creó para satisfacer sus momentáneos idilios.

Las florestas monserateñas son encantadoras.

Hay una, llamada «Plaznela de los Pájaros», que parece oasis, donde los ruiseñores

entonan melodías, y las hojas de los árboles se entrecruzan mimosamente y las hierbas salivean rocío y los capullos se entreabren á modo de labios preparándose al beso. De ella se sale para entrar en el «Camino de los Enamorados», senda angosta, encauzada por paredes de flores y cubierta de espesa bóveda, que el sol, más que penetrar filtra con sus rayos, los cuales adquieren, al filtrarla, pálidas entonaciones de lámpara nupcial. La senda tiene recodos incontables, como si comprendiese que á sus oficios corresponde ocultar unas parejas de otras; de trecho en trecho muestran las murallas de flores nichos de hierba, camarines vegetales; hacia ellos avanzan ramas entretejidas que oscilan, siguiendo los impulsos del viento, como puertas á medio, entornar... Al término de aquella senda se descubre una ermita, y á los pocos pasos de la ermita tropieza el caminante con el pico soberano de la montaña: con San Jerónimo.

¡Qué grandioso espectáculo!... ¡Qué inmedible extensión de horizonte dominan los ojos desde allí!... Las montañas, los valles, el mar; los bosques, guarida de fieras; los pueblos, habitaciones de hombres; picos eternamente cubiertos de nieve; llanos nunca provistos de vegetación; ríos, que, luego de

fertilizar los campos, buscan el camino del mar para contarle los esplendores de la tierra!...

Al lado izquierdo, Canigó el monte cantado por Verdaguer; en su cima flota aún el manto argentino de *Flor de Nieve*, quien por el disfrute de amores extrahumanos costara vida y honra al enamorado gentil, á la derecha: las montañas de Huesca, ciclópea mano de hielo que une á Cataluña con Aragón y á Francia con España; al frente, las estribaciones de la costa, donde se recuesta Barcelona, la ciudad engrandecida por el obrero y gozada por el patrono; abajo, á un lado y otro, arrancando de la base misma del Montserrat y extendiéndose por la llanura como polladas en escarbo, pueblos y más pueblos, de los cuales pregonan la vida columnillas de humo que se dirigen á la altura; intercalándose entre las aldeas, y describiendo ondulaciones caprichosas aparece el campo, con todos los heraldos de la existencia vegetal: pinares esbeltos, viñedos alegres, olivares sombríos, huertos verdes, trigos y maizales áureos; y, en último término, por un tajo que Llobregat penetra y salpica de espuma, descúbrese el Mediterráneo, imperceptible franja azul, á cuyo límite se alza, como un brote negruzco, la isla de Mallorca.



Este es el espectáculo que se descubre desde las alturas de San Jerónimo. Espectáculo incomparable que le hace á uno gritar: ¡Sublime! ¡Sublime!... Voz que los ecos de la montaña, claros y hibrantes allí, repiten una vez y otra y otra, como si comprendieran que la palabra SUBLIME, aun siendo tan grande, necesita decirse seis ó siete veces para dar idea de lo que es San Jerónimo.

¡Eco divino, que yo repetía mentalmente mucho tiempo después de extinguirse, mientras una pareja de enamorados lanzaba á los aires con toda la fuerza de sus pulmones las palabras ¡Amor eterno!..., palabras repetidas por los ecos, con fuerza al principio, con menos fuerza luego, con menos más tarde, hasta que últimamente se desvanecían en los abismos de la sierra, sonando á queja, á cruel y desengañado sollozo!...

---

Don Alvaro



## Don Alvaro

Echando á mano izquierda por el camino de San Jerónimo, topa uno con extensa planicie, donde ni crecen árboles, ni gorgean pájaros, ni brota hierba, ni se impregna el aire de perfumes. Allí solamente brotan musgos que, adhiriéndose á las rocas, las convierten en pustuleada piel de leproso. Al centro de aquella planicie se alza, solitario, hosco, amenazador, un inmenso peñasco que adopta forma de cigüeña posada en tierra, con el cuello erguido y el pico extirado hacia Oriente.

Cuando llegué al sitio de que hago referen-

cia, declinaba la tarde. Las campanas del monasterio traían á mi oído sonos de oración; el rumor lejano de la multitud inundaba el espacio con deijos de lamento; el valle, apenas alumbrado ya por el sol, parecía un paisaje inconcluso, cubierto de difuminaciones grises; los montes eran sombras en la parte baja, en la alta incendio; el astro del día agonizaba entre nubes color violeta y la ermita de San Jerónimo recortaba sobre el horizonte su ascético perfil.

La melancolía del crepúsculo, penetrando mi ser, me hizo apartar de la senda común en busca de sitios donde la tristeza y la soledad tuviesen apropiado hospedaje.

En la planicie solitaria hallé la tristeza. No pude hallar la soledad.

Media docena de franciscanos rodeaban el peñasco enorme, presenciando la más atrevida acción que mis ojos han tenido lugar de ver en este mi cortísimo viaje.

Otro fraile franciscano, que, á lo sumo, contaría veinticinco años, escalaba con destreza felina la superficie gris del peñote; el tal peñote tiene por base un abismo de setecientos metros.

Lapa gigante adherida á la roca semejava el fraile durante su ascensión; ascensión que, los allí presentes contemplábamos con los

nervios tirantes y la carne estremecida por el miedo.

Era inconcebible temeridad la del religioso. La peña, alta como sesenta metros, pulimentada por las lluvias, resbaladiza por influencia de los brotes musgosos que la salpicaban, apenas si muestra hueco ó quebradura donde poner los pies y engarfiar las manos. Dijérase, contemplándola desde veinte varas atrás, que un tigre rompería sus uñas contra ella antes de subir á la cumbre; que un mono resbalaría, para estrellarse contra el abismo, en la mitad del viaje; que solo un águila ó un reptil, lo que se arrastra ó lo que vuela, eran potentes á coronar el bravío peñasco y extender la cabeza hacia aquella cima, abierta á pico por un hachazo geológico.

Y eso á un tiempo, reptil y águila, fué el franciscano durante su empresa. Águila, cuando el viento sacudía las faldas de su hábito extendiéndolas como olas enormes que se abrían sobre el espacio, disponiéndose á emprender el vuelo; reptil, cuando aplastándose contra el granito, empotrado el cuello en la capucha, desaparecidos manos y piés entre los pliegues del ropaje, convertíase en viscoso mónstruo, en serpiente negruzca, que rastreaba los pulimentos de la peña...

Segundo á segundo, riesgo á riesgo, iba yo siguiendo el avance del fraile. De pronto sus músculos se contrajeron. Vióse á las manos apretar el borde de la roca, á los brazos replegarse violentamente, á las piernas distenderse con hercúlea precisión para empujar el cuerpo hacia arriba... La figura del franciscano se balanceó un momento en los aires; los pies se afirmaron sobre la piedra; irguióse el cuerpo con erguimiento triunfador y un grito victorioso hizo vibrar la atmósfera.

El fraile estaba en la cúspide de la roca.

El espectáculo era hermoso y siniestro.

Aquel joven ágil, robusto, de complexión atlética, ojos negros y vivos, pronunciadas facciones y fiera actitud, recordóme en tales momentos, cuando, afirmado sobre la roca, é inclinándose hacia el abismo con los brazos abiertos, la mirada desafiadora y el hábito flotante, prorrumpía en voces ininteligibles, cuando sus compañeros le contemplaban silenciosamente y las campanas del monasterio tañían la oración y el sol se despedía de Monserrat enviándole el beso postrero de su luz, recordóme, repito, la trágica imagen de Don Alvaro, la grandiosa escena en que la víctima sublime del destino, viendo inútiles sus sacrificios y su conversión, mirando muerto á manos suyas al hermano de la mu-

jer querida y á ella muerta también en sus brazos, deja caer la inerte y adorada prenda, escala las altísimas rocas del monte, desafía desde sus cúspides al firmamento y á la tierra, á los hombres y á Dios, y se dispone á lanzarse al abismo para hundir en él su irredimible desventura...

Eso parecióme el fraile, Don Alvaro maldiciendo de todas las universales potencias, á tiempo que los frailes del convento inmediato envían á los pies del Altísimo la palabra ¡Misericordia!...

Hubo un segundo, en que, dominado por el recuerdo de la sugestiva leyenda, creía ver al fraile dar un salto gigante y arrojarse contra el abismo.

No; era que empezaba el descenso, más peligroso aun que la subida.

Cuando el joven, llegó frente á mí, le pregunté, temblando todavía de espanto, cuáles eran los móviles de su acto, por qué motivo arriesgó su existencia millares de veces en una hora.

—«Muy sencillo—repuso.—Un dominico ha trepado á lo alto de esa peña. Donde llegue un dominico, llegará siempre un franciscano.»

Y sonreía satisfecho. Sus compañeros sonreían satisfechos también.

Tenían razón para sonreír. Era aquello un triunfo de su colectiva vanidad; otro éxito en la lucha de rivalidades y orgullos que mantienen siempre, entre sí, las diversas órdenes monásticas, creadas para la humildad y la mansedumbre.

En las Cuevas